

Todos los Santos

Solemnidad - sábado 1 de noviembre de 2025

«Alégrense y regocíjense porque su recompensa será grande en el cielo».



«En la fiesta de hoy pregustamos la belleza de esta vida de total apertura a la mirada de amor de Dios y de los hermanos, estando seguros de alcanzar a Dios en el otro y al otro en Dios. Con esta fe llena de esperanza veneramos a todos los santos y nos preparamos a conmemorar mañana a los fieles difuntos. En los santos vemos la victoria del amor sobre el egoísmo y sobre la muerte: vemos que seguir a Cristo lleva a la vida, a la vida eterna, y da sentido al presente, a cada instante que pasa, pues lo llena de amor, de esperanza. Sólo la fe en la vida eterna nos hace amar verdaderamente la historia y el presente, pero sin apegos, en la libertad del peregrino que ama la tierra porque tiene el corazón en el cielo».

BENEDICTO XVI, Ángelus, 1 de noviembre de 2012.

* Pintura: Fra Angelico, *Todos los santos*, 1420.

«Porque hoy nos concedes
celebrar la gloria
de tu ciudad santa,
la Jerusalén celeste,
que es nuestra madre,
donde eternamente te
alaba la asamblea festiva
de todos los Santos,
nuestros hermanos.».

Prefacio de esta solemnidad

Textos proclamados: comentario a la eucología menor

Al celebrar esta solemnidad, a todos los santos y santas de Dios los hemos de contemplar hoy en el cielo, gozando de la visión beatífica del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. De hecho, el prefacio se refiere a la Iglesia triunfante con el título de «*Jerusalén celeste*», la «*ciudad santa*», tal y como es presentada en el libro del Apocalipsis (cf. 21,1ss). Está claro que esta ciudad no se define tanto por sus edificios materiales, sino por la alianza de Dios con los hombres y mujeres santos para habitar entre ellos, según esta proclamación: «*Esta es la morada de Dios con los hombres. Pondrá su morada entre ellos y ellos serán su pueblo y él, Dios-con-ellos, será su Dios*» (Ap 21,3). Hoy estamos celebrando a todos aquellos que ya ven cumplida esta realidad, quienes, según el prefacio, conforman una corona que se dedica eternamente a alabar al Dios, con quien han de vivir felizmente para siempre.

Ahora bien, no nos atañe solamente celebrar y contemplar esta multitud inmensa, pues en el prefacio le decimos al Padre: «*hacia ella, como peregrinos guiados por la fe, nos apresuramos jubilosos*». En este año jubilar el Papa Francisco nos ha ayudado a ser más conscientes de nuestra condición de peregrinos, que caracterizados por la esperanza que no defrauda, debemos avanzar jubilosos a esa ciudad santa que es nuestra madre y que es nuestra meta. Mientras que caminamos en esta peregrinación, tal y como lo indica este prefacio, estamos llamados a alegrarnos porque ya hay unos hermanos nuestros que disfrutan de la gloria divina. De eso se trata el sentido de esta solemnidad, de alegrarnos en un mismo día por todos ellos.

Si pasamos a la oración colecta, encontramos otra actitud en relación con esta muchedumbre que nos llena de alegría y que, como dice esta plegaria, «*veneramos en una misma celebración*». Movidos por la fe que nos guía en nuestra peregrinación, tenemos la gracia de poder acudir a los santos como intercesores. ¡Qué privilegio es contar con esta multitud de santos! Ellos intermedian para que Dios nos conceda lo que le pedimos: «*la deseada abundancia de tu misericordia*». Precisamente ellos han experimentado el derroche de la misericordia divina y ahora nos ayudan para que nosotros la obtengamos. En la misma línea de la intercesión, eleva su petición la Iglesia en el momento de la oración sobre las ofrendas al pedir que «*sintamos interceder por nuestra salvación a los que ya creemos seguros en la vida eterna*».

Y para cerrar con broche de oro la celebración solemne de este día, los peregrinos de este mundo que hemos participado de la mesa sacramental de la Eucaristía, admirados por la Santidad de Dios, transparentada en sus testigos más fieles, le pedimos al Padre que podamos pasar de esta mesa terrena «*al banquete de la patria celestial*».

Textos proclamados: comentario a las lecturas bíblicas¹

Lectura del libro del Apocalipsis 7,2-4. 9-14.

Entre las visiones de las catástrofes del fin del mundo, surge la visión de la gloria de los elegidos, fruto de la salvación que viene «*de nuestro Dios... y del Cordero*» (Ap 7, 10). Por su sacrificio, el Cordero venció a la muerte. De esta victoria participan los que, especialmente en el sacrificio del martirio, «*blanquearon sus vestidos en la sangre del Cordero*». Esta lectura no quiere mostrar el número de los elegidos, sino la victoria sobre las fuerzas que se oponen a Cristo y a su comunidad.²

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan 3,1-3.

«*Ya somos hijos de Dios y todavía no se manifiesta lo que seremos*». Quien no sabe que es amado por Dios (y este saber solo es posible en la reciprocidad) no entiende lo que significa ser «*hijo de Dios*» (3, 1). ¡Y lo sabe aquel que lo practica! Pero este saber todavía queda velado. Solamente en la gloria se manifiesta con plena claridad (cf. Jn 17, 5.24). Pero en la esperanza participamos ya de la santidad de Dios, si vivimos como sus hijos.³

Lectura del Santo Evangelio según san Mateo 5,1-12^a.

La santidad (el «estar bien» con Dios) es don y misión. Dios nos la da, pero nosotros tenemos que realizarla en nuestra vida e irradiarla en nuestro alrededor (Mt 5, 13-15). Como don, solo puede ser recibido por los que no están llenos de sí mismos: los pobres (hasta en su íntimo), humildes, sufridos, pacientes... Como misión, exige compromiso: hacer que se realice la justicia de Dios, promover su paz... En todo caso, exige desprendimiento, conversión, abandono de la autosuficiencia y opción por quien más espera de la santidad de Dios: el pobre, el oprimido.⁴

Reflexión sobre las lecturas

La fiesta de todos los santos abraza los tres momentos del tiempo, además de la dimensión universal del espacio. De hecho, celebramos los justos del pasado, celebramos la vocación a la santidad futura (el «cielo»), y celebramos la santidad como don (gracia) presente. Como en esta dimensión presente es en la que menos se piensa cuando se habla de santidad, creemos que merece una atención especial: es el mensaje de las

¹ J. KONINGS, *Espíritu y mensaje de la liturgia dominical. Año C*, Bogotá: San Pablo 1993. 175-177.

² cf. Ez 9,4-6; Ap 3,5; 6,11; Is 6,1; Dn 12,1; Mt 24,21; Mc 13,19.

³ cf. Jn 1,12-13; 1Jn 3,10; Ef 1,5; Jn 15,21; 16,3; Rm 8,29; 2Co 3,18; Flp 3,21; Col 3,4; 1 Jn 2,6.

⁴ cf. So 3,11-13; Is 55,1-3; 57,15; 61,1-2; Sal 33,9; Jn 15,3; Lc 10,5-6; Mt 23,34; Jn 9,22; 16, 2-4; Hch 5,41; 1P 3, 13-17.

bienaventuranzas, en el evangelio de hoy. Las bienaventuranzas son, al mismo tiempo, la proclamación de la amistad de Dios para con las personas que participan de su espíritu que es evocado con ocho ejemplificaciones, y (sobre todo en la versión de Mt) un programa de vida para todos los que escuchan la palabra de Cristo. Decimos: en la versión de Mt, porque en Lc las bienaventuranzas (Lc 6, 20-23) son un apostrofe directo («bienaventurados (sois) vosotros, los...»), mientras en Mt se presentan en forma de principios generales («bienaventurados los...»).

Son un programa de vida, pero ya son santos los que están realizando este programa. Cuando Mt dice: «Bienaventurados los pobres en espíritu». (=no solo exteriormente), porque de ellos es el reino de los cielos, él piensa en el reino de los cielos no tanto como algo después de la muerte —una recompensa futura por la carencia en la tierra— sino como realidad ya presente. Las bienaventuranzas son un incentivo para realizar, desde ya, el nuevo espíritu, que hace presente el reino. El sentido de las bienaventuranzas es, exactamente, relacionar el don escatológico (expresado en términos: «Serán consolados, serán saciados», etc.) con la realidad de hoy. El don escatológico no cae del cielo, mediante la actuación de algún Moisés mágico. Corresponde a la actitud del justo, del siervo, del pobre de Yahvé. Corresponde a la actitud de no buscar solamente la afirmación personal en el poder y en la riqueza, sino disponerse totalmente para la obra de Dios, por el desprendimiento, la mansedumbre, la paciencia en el sufrimiento, la sed de la justicia, el compromiso por la paz... O, en otras palabras, somos santos ya, en la medida en que pertenezcamos a Dios en el presente. Entonces, también nos pertenece el futuro de Dios.

Es el mismo mensaje de la segunda lectura que proclama nuestra actual santidad, por ser hijos de Dios, aunque todavía no se haya manifestado «lo que seremos» (= nuestra glorificación). Por tanto, los que son celebrados hoy, en primer lugar, son los «hijos de Dios» en este mundo. A eso se une la visión anticipada del autor del Apocalipsis sobre la plenitud de los que adhirieron a Cristo, de los que siguieron al Cordero. Son los elegidos de Israel (el autor es judío-cristiano), en número perfecto (12 x 12.000); pero también un número innumerable de todas las naciones (universalismo). Ahora bien, tanto en el mensaje de las bienaventuranzas como en la visión del Apocalipsis, ocupan un lugar especial los mártires, los que son perseguidos por causa del evangelio, los que lavaron sus vestidos en la sangre del Cordero y vienen de la gran tribulación. Testimoniar a Cristo con su sangre es la señal más segura de la santidad. Pero, con o sin sangre, todos deberán hacer de su vida una pertenencia a Cristo, para que sean «santos», consagrados a Dios.

Las oraciones insisten mucho en la intercesión de los santos. Es un aspecto de este día, que toca mucho la sensibilidad popular. Aquí es necesario hacer un delicado trabajo de interpretación. Confiar en alguien como intercesor, supone sentirse solidario (familiar) con él. ¿Vivimos realmente como familiares de estos intercesores? ¿Cabremos en su compañía?

Todos los Santos

Solemnidad - sábado 1 de noviembre de 2025

«Alégrense y regocíjense porque su recompensa será grande en el cielo».



Moniciones

Entrada

Queridos hermanos: llenos de gozo por este año jubilar, nos unimos a toda la Iglesia para celebrar la santidad de Dios. Hoy contemplamos a todos aquellos que se unieron radicalmente a Cristo y lo siguieron con tanta fidelidad que ahora están gozando de la gloria divina en la patria celestial. Por eso, recordando que todos estamos llamados a la santidad, vivamos con esperanza y alegría esta solemnidad.

Liturgia de la Palabra

Los santos son aquellos que han escuchado la palabra de Dios, han creído en ella y la han puesto en práctica. Imitando su ejemplo, ahora nosotros nos disponemos a escuchar lo que nos anuncia la Sagrada Escritura: la posibilidad de gozar en el cielo de la felicidad que nunca se agotará, junto con todos los santos y santas de Dios.

Presentación de los dones

Los santos han entregado sus vidas como ofrenda agradable a Dios y esto lo confirmaban cada vez que participaban de la Eucaristía. Hoy nosotros también tenemos la oportunidad de ofrecer al Padre nuestro propósito de alcanzar la santidad, en medio de los sufrimientos y las fragilidades de cada día.

Comunión

Dios nos comparte su santidad porque somos sus hijos amados. Por eso nos regala su vida y su fuerza al alimentarnos con el Cuerpo y la Sangre de Cristo que ahora comulgamos, mientras seguimos peregrinando en este mundo, con la esperanza de llegar a la bienaventuranza eterna.

Todos los santos

Solemnidad - sábado 1 de noviembre de 2025

«Alégrense y regocíjense porque su recompensa será grande en el cielo».



Oración universal

Presidente:

Como peregrinos de esperanza y animados por la luz gloriosa que se refleja en la existencia de todos los santos y santas de Dios, presentemos al Padre eterno nuestras plegarias por las necesidades del mundo entero y digamos:

R/. Dios, fuente de toda santidad, escúchanos.

Lector:

- † Supliquemos por la Iglesia universal para que se manifieste al mundo como signo de la santidad de Dios, por medio del testimonio de vida de los sacerdotes, los religiosos y los laicos.
- † Supliquemos por los gobernantes de las naciones para que sepan reconocer la dignidad de todo ser humano y no dejen de tomar iniciativas de caridad que ayuden a los más vulnerables.
- † Supliquemos por todos los que sufren para que confíen en Dios que los puede transformar en bienaventurados en medio de su pobreza, de su tristeza o de su soledad.
- † Supliquemos por nosotros que celebramos la santidad de aquellos hombres y mujeres que siguieron plenamente a Cristo para que nos afiancemos en la esperanza de alcanzar la felicidad eterna, junto con todos los santos.

Presidente:

Escucha, Señor, nuestras súplicas;
son la oración de tu Iglesia:
los que todavía peregrinamos por este mundo
y los que han llegado ya a feliz término;
y concédenos bondadosamente lo que te pedimos.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.